los seres creados: el momento en que el Mesías acabe su obra será más solemne aun. Apresuraos á anunciar á lo infinito ese momento, que el Eterno llama el Sábado de la alianza.»

A la voz de Elohá, los ángeles y sus hermanos inmortales, las almas de los patriarcas y de los bienaventurados se dispersan á través de los espacios: solo Gabriel queda cerca del trono. Dios le da órdenes por medio de Uriel, el más grande de los genios protectores de la Tierra, y el serafin se aleja para ir á llevar su mensaje.

A medida que se acerca á las regiones terrestres, oye Gabriel voces lamentosas, que claman por la salvacion de la especie humana, y entre estas voces, la del primer hombre es la más lastimera y penetrante.

Abismado en profundas meditaciones sobre su caida, el pensamiento de Adam abraza los *aeones* (1) del pasado y los del porvenir.

Gabriel acaba de descender al altar terrestre de la redencion, cuya celestial imágen verá el profeta de la nueva alianza durante su destierro en las playas de Páthmos (2), mientras que los rocas de estas playas le repetirán los suspiros de los mártires, y le ofrecerán las lágrimas de las

---

(1) *Aeone* significa continuo, que corre siempre, sin fin. Aunque adjetivo, Klopstock lo emplea sustantivamente en lugar de *siglo*, de que se sirve para expresar el tiempo en sus relaciones con el mundo y sus habitantes. Con la palabra *aeone*, que se encuentra muchas veces en el poema, designa las diversas fases de la creacion, tales como existen en el pensamiento de la Divinidad, y que los habitantes del Cielo comprenden y miden.

(2) Islote del archipiélago griego. S. Juan Evangelista, á quien llama muchas veces Klopstock el profeta de la nueva alianza, fué desterrado á esta isla por el emperador Domiciano, el año 95 de Jesucristo. Durante su permanencia en Páthmos, escribió el Apocalípsis en una gruta situada en la orilla de la mar. Cerca de esta gruta edificaron más tarde los cristianos un convento, que lleva aun el nombre de *Convento del Apocalípsis*.

almas redimidas, que pidan al Juez supremo que retarde el dia de su venganza (1).

El cuerpo que envuelve el alma de Adam no es más que una nube vaporosa, y sin embargo es tan suave y bello, como la imágen que flotaba en el pensamiento eterno, cuando la tierra del Eden, exhalando en un dulce estremecimiento la exuberancia de su vida nueva, se transformó bajo la mano del Creador, para realizar su pensamiento.

Agitado por la esperanza y el temor, Adam se adelanta hácia Gabriel con paso vacilante, y le dice:

—«¡Salve, serafin bienaventurado! A tu vista, mi alma se llena de felicidad; porque conozco la mision que vas á cumplir. ¡Ah! ¡que no pueda yo seguirte y contemplar contigo al Mesías bajo la humilde forma que ha elegido para redimir á los hombres que yo he perdido! ¡Que no pueda yo humedecer con mis lágrimas el sitio en que ora y padece por ellos! ¡Que no pueda yo volver á ver esa tierra en que recibí la vida! Yo hallaria más bellas que los valles del Eden esas regiones devastadas por el anatema de la muerte, porque llevan la huella de los pasos del Redentor.»

Gabriel contestó:

—«Yo le comunicaré tus votos, y espero que se digne permitirte contemplar la gloria de su humillacion voluntaria por salvar á tu raza.»

Adam le da las gracias con una sonrisa melancólica, y el serafin continúa su vuelo hácia la Tierra.

¡Tierra dichosa! Voces de lo infinito la proclaman la reina de los mundos, la amiga de los cielos, la confidente del Mesías, que la ha elegido para consumar en ella su sublime

(1) Alusion al capítulo VI del Apocalipsis, en que San Juan Evangelista habla del altar de la redencion que en sus visiones le apareció, como Klopstock lo describe aqui.

sacrificio. Las estrellas viajeras la rodean ya con sus dulces claridades matinales; pero la frescura y el sueño se detienen aun en los valles, y densas nubes coronan la cima de las montañas, que Gabriel toca ya con sus piés.

Plegando luego sus alas, anda, avanza, busca al Hijo del Eterno, y lo encuentra dormido en una de las más sombrías hondonadas del monte de las Olivas. Lleno de admiracion, se detiene y lo adora en silencio.

La paz y el amor divino respiran en el semblante del Mesías, embellecido con todo el esplendor que el reflejo de la Divinidad puede dar á la forma humana. Una sonrisa melancólica y benévola entreabre sus labios, y una lágrima brilla en sus cerrados párpados, revelando al amigo de los hombres. El sueño, cubriéndolo con sus velos de dudosos matices, oculta el Dios aun á los ojos de Gabriel. Así la Tierra, cuando el crepúsculo de una tarde de Primavera la envuelve, aparece á la estrella polar, que se eleva por encima de un horizonte desierto, é invita al sabio á dejar su pacífico retiro para contemplarla y sacar de sus rayos misteriosos el presentimiento de la inmortalidad.

Sustrayéndose en fin á su éxtasis, el serafin se dirige al Mediador.

—«Señor, que me oyes, aunque tu vaso mortal esté dormido, le dice: Señor, he ejecutado puntualmente tus órdenes. He encontrado en mi camino al primer hombre, y te traigo su humilde ruego: dígnate oirlo en tu misericordia.»

Después se aleja dulcemente, para ir á anunciar el dia del gran sacrificio á la augusta asamblea de los génios de la Tierra, que, refugiados en el asilo más misterioso de sus dominios, ejecutan en silencio los decretos del Eterno.

Pero antes de dejar los lugares santificados por la presen-

cia del Mesías, Gabriel les ordena respetar su reposo; y su pensamiento de ángel dice á la naturaleza:

—«Vosotros todos los que existís aquí abajo, estad atentos y silenciosos, porque los rápidos instantes que el Salvador debe aun pasar entre vosotros pesarán más en la balanza del tiempo, que los incalculables siglos que les han precedido. Contened vuestro aliento, auras matutinales; calla, soledad de las tumbas, ó á lo menos no hagas más que un dulce murmurío; cóncavos de las rocas, que enmudezcan vuestros ecos y exhale vuestro seno una frescura más suave; cedros majestuosos, bosques floridos, derramad sin ruido vuestra balsámica sombra. ¡Silencio, naturaleza toda! silencio ante la Divinidad dormida!»

¡Tierra santificada que yo habito, madre fecunda, que poniendo tus innumerables hijos en alas de los siglos, esas aves de paso de la eternidad, los envias á buscar en lo infinito el cumplimiento de su misterioso destino, mientras que sepultas las formas que les habias prestado bajo fúnebres oteros, donde nunca llega á reposar el viajero fatigado! que tus ángeles guardianes, que el divino Elohá, protector de estos ángeles, me perdone si me atrevo á revelar á los mortales el santuario de los espíritus benéficos que velan sobre ellos. La musa de Sion se ha dignado iluminarme. Si alguna vez, en las inefables delicias de las contemplaciones solitarias, mi pensamiento ha llegado al círculo luminoso de los puros éxtasis, si ha hablado y comprendido el lenguaje de las almas, ¡oh! entonces, divino Elohá, escucha un momento al poeta, tan audaz en su misma timidez. No intenta celebrar en sus cantos las efímeras glorias de los mortales; permítele introducir á los iniciados de la muerte, á los iniciados de la resurreccion, en la solemne asamblea de los custodios del punto del infinito que habita la raza de Adam.

No lejos del polo ártico, el silencio, el frio y la inaccion han ahondado un lecho profundo y tenebroso. Sombrías nubes salen de allí sin cesar, y van á perderse en el espacio, á manera de las olas de un rio que se precipita en el mar. Allí duerme la media noche, como bajo las tinieblas que en otro tiempo extendió Moisés sobre el Egipto, dormian el Nilo en sus catorce riberas y las eternas pirámides, orgullosos sepulcros de los reyes. Jamás ninguna mirada humana se ha cernido sobre estas inhabitadas comarcas; jamás ninguna voz humana ha turbado el silencio de su noche sin fin; ningun mortal duerme allí, ningun muerto se despertará tampoco. Solamente los serafines las visitan alguna vez: semejantes á los astros flotando en un cielo tormentoso, dejan largos rastros de luz á través de estas tinieblas, cuando andan por allí abismados en proféticos pensamientos sobre las futuras felicidades de la especie humana.

En medio de este desierto inmenso se eleva un pórtico misterioso: es la entrada del dominio de los génios de la Tierra.

Cuando después de una larga série de brumosos dias, el Sol de Invierno, por dar una fiesta á la Tierra entristecida, se muestra de repente, ¡oh! entonces el velo que envolvia los diamantes y rubies que las escarchas siembran profusamente, cae, y las montañas heladas, y los campos cubiertos de nieve, y los bosques con sus festones de carámbanos brillan con mágico esplendor, y la Tierra se embellece con un reflejo de la belleza universal. Así bajo los pasos de Gabriel brillan los montes nocturnos, cuyas profundas simas encierran el tenebroso lecho de la media noche.

Gabriel los atraviesa y salva el misterioso pórtico, cuyas puertas se han abierto por sí mismas y vuelven á cerrarse al punto.

Ahora anda por las entrañas de la Tierra. Océanos amontonados ruedan lentamente ante él hácia orillas en que nada se mueve, en que nada respira: sus hijos, los rios rápidos, los siguen mugiendo, como las tempestades que se alzan por encima de los desiertos y se pierden en el espacio.

El serafin se presenta á la entrada de un segundo pórtico, formado de nubes parduzcas. El edificio retrocede ante él, sus nubes se dilatan en rayos celestes, y las tinieblas flotantes que sirven de camino al serafin, reproducen la huella de sus pasos con llamas vacilantes, cuyo reflejo le muestra la entrada de una bóveda inmensa, que se redondea en el centro del globo terrestre. Un hálito divino ha formado la atmósfera de esta bóveda, en medio de la cual se mueve lentamente un sol, cuyos rayos llevan la vida y el calor á las venas de la Tierra.

A este sol misterioso debe las flores con que se engalana en la Primavera, las espigas con el Estio dora los campos, y la vid de verde pámpano y purpurino fruto con que el Otoño adorna montes y colinas.

Jamás este sol abandona su horizonte; una eterna mañana pende de su sonrisa eterna. Los génios que lo habitan leen en las formas de las nubes las órdenes y consuelos que Dios les envía. Jehová habla á estos espíritus benéficos, como habla á sus jóvenes hermanos establecidos en la superficie del globo, cuando pinta, después de una tempestad, el arco iris en la bóveda celeste.

Gabriel llega á este sol, desconocido de los hijos de Adam, y los inmortales que lo habitan salen á recibirlo.

En su semblante severo, en su aire imponente y sombrío, el serafin reconoce á los génios de la guerra y de la muerte. Sus inexorables brazos conducen, á través de los laberintos del destino, el hilo misterioso que liga á la voluntad divina

las acciones, que los reyes y los héroes atribuyen en su ciego orgullo á su propia fuerza.

Un aire más dulce, una sonrisa melancólica revelan á Gabriel los custodios de los mortales virtuosos. Cuando el sabio, huyendo el tumulto y las glorias efímeras del mundo, interroga á los libros del porvenir y medita sobre los altos destinos de la humanidad, estos génios benéficos velan cerca de él. A veces se mezclan en las reuniones solemnes en que los fervientes cristianos celebran el pacto fraternal, fundado en la sangre de la redencion. Y cuando la muerte, después de una lucha cruel, imprime en fin el sello de su victoria en la materia de que el alma cautiva no puede arrancarse nunca sin dolor, estos ángeles guardianes la consuelan, anunciándole que la naturaleza, vencida por la muerte aquí abajo, hallará en los despojos de su destruccion los elementos de una vida nueva.

Guiadas por sus celestiales protectores, almas infantiles y tímidas vienen á colocarse á la sombra de las alas del serafin para oirle hablar de la tierra en que padece Jesús, su divino amigo. Apenas han entrevisto esta tierra, pues no habian conocido aun de la vida más que el llanto y la sonrisa del primer ángel, cuando la espada del más terrible de los ángeles vino á arrancarlas de sus cuerpos de niños. Los génios de la Tierra condujeron á su sol misterioso estas infantiles almas, demasiado débiles aun para presentarse ante el Eterno. Allí, las cuerdas de las arpas de oro, y los cantos sublimes que se mezclan á estas dulces melodías, les enseñan de qué del divino foco ha salido el alma humana, á qué perfeccion puede aspirar, y con qué impaciencia las almas de los padres, maduradas por el tiempo, esperan las de sus hijos en las altas regiones de los cielos. Así es como los discípulos de estos benéficos génios llegan á esa

elevada sabiduría, de que los hombres no persiguen muchas veces en la Tierra más que la sombra deslumbradora y engañosa.

Gabriel transmite á los génios de la Tierra las órdenes del Eterno, y la alegría, el dolor y el agradecimiento los abisman en dulce éxtasis.

Pero dos infantiles almas fraternales expresan así sus sensaciones con la ingenuidad propia de su edad:

—«El hombre divino de que el serafin acaba de hablar, pregunta una de ellas, ¿no es el mismo Jesús que hemos visto sobre la Tierra, el tierno amigo que me estrechó en su seno, mientras que sus ojos dejaban caer lágrimas que yo enjugaba con mis ósculos?»

La otra alma contesta:

—«Sí, es el mismo Jesús. Aun oigo su dulce voz diciendo á nuestras madres colocadas alrededor de nosotros: En verdad os digo, sed como niños, si quereis heredar el reino de mi padre (1). Era nuestro hermano en la Tierra, y será nuestro padre en el Cielo.»

Los dos niños se abrazan llorando de alegría, y Gabriel desplega sus alas para ir á llevar á otros mundos su mensage de paz y de alianza. Las emanaciones luminosas que deja en pos de sí, lo hacen mucho tiempo aun visible á los génios de la Tierra, así como los habitantes de la Luna distinguen los rayos que nuestro globo proyecta en las cúspides de sus montañas á través de las diáfanas nubes de sus noches.

Muy luego el serafin llega á una atmósfera más vasta. Rápido como la flecha lanzada por el arco de oro de la Victoria, atraviesa las constelaciones, toca ligeramente las

(1) Evangelio, segun San Mateo, cap. XVIII.

estrellas, se cierne sobre el Sol, y se detiene en el pináculo del más bello de sus templos.

Allí están reunidas las almas de los patriarcas, cuyas miradas impacientes se mezclan con los rayos del Sol, y con ellos descienden á los valles de Canaan (1), para despertar la primera hora del dia, dormida aun dulcemente entre las gasas del crepúsculo.

Adam, hijo del pensamiento de Dios y de la primera sonrisa de la Tierra, preside esta augusta asamblea.

Esperando el instante en que el monte de las Olivas se revele á sus miradas, Gabriel y el génio del Sol hablan con él de los sublimes destinos que esperan á la especie humana.

(1) Nombre bajo el cual se designó primeramente á la Palestina, por estar habitada por los cananeos, es decir, por los descendientes de Cham, tercer hijo de Noé. Fué tambien llamada *tierra prometida*, por haber asegurado Dios su posesion á Abraham y á su posteridad. Después de haber derrotado á los cananeos y demás pueblos que estaban entonces establecidos en la Tierra de promision, Josué la dividió en doce tribus, tomando entonces el nombre de *Tierra de los hebreos*. Los griegos y los romanos la llamaron Palestina, por haber entablado sus primeras relaciones de comercio con los palestinos ó filisteos. Á la vuelta del cautiverio de Babilonia, los hebreos, que eran casi todos de la tribu de Judá, le dieron el nombre de Judea. Los cristianos la llamaron *Tierra santa*, por haber nacido y muerto en ella Jesucristo. Segun los libros santos, esta celebre comarca ha sido dos veces cuna del género humano, pues en ella estuvo el Paraiso terrenal, y se detuvo el arca de Noé después del diluvio.